

EL FUTURO DE EUROPA VISTO POR VALÉRY Y ORTEGA Y GASSET

J. MA. CORREDOR

ORTEGA y Gasset afirmaba en una ocasión que siempre se había profetizado el porvenir, sobre todo el porvenir inmediato, y él mismo no se abstuvo de predecir la evolución de su época, acertando en algunos aspectos y equivocándose en otros. (Puede consultarse a este respecto el documentado trabajo de José Gaos "La profesía en Ortega", publicado en *Cuadernos Americanos*). Creemos interesante recordar las "predicciones" sobre el futuro de Europa formuladas por otro gran escritor, el famoso Paul Valéry, y compararlas con la actitud adoptada frente a este tema por el filósofo español en los últimos capítulos de su libro *La Rebelión de las Masas*.

Una primera constatación se impone: tanto los comentarios de Valéry como los de Ortega son anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y los del primero son más pesimistas que los del segundo.

"Europa será castigada por su política: se verá privada de vinos y de cerveza y de licores. Y de otras cosas. . .", escribía el poeta francés. . . ya en 1891. Sus reflexiones sobre el tema europeo las encontramos en *La crise de l'esprit* (1919), incluido más tarde en *Variété I*, junto con fragmentos de una conferencia dada en 1922 en la Universidad de Zurich, conferencia en la que algunos pasajes contenidos en el primer opúsculo están tratados con mayor amplitud. También, y de una manera más precisa, las reflexiones sobre Europa se hallan en el libro *Regards sur le Monde actuel* (1931), cuyo principal capítulo lleva el título significativo —y alusivo a una obra de Montesquieu— de "Notas sobre la grandeza y la decadencia de Europa".

Las consideraciones de Valéry son lúcidas, aunque dolorosas. Un dejo amargo se descubre detrás de sus palabras que se obstinan, implacables, en querer aclarar y dilucidar. "Europa se había distinguido claramente de las demás partes del mundo. No por su política, sino a pesar de esta política y más bien contra ella. Europa había desarrollado al extremo la libertad de su espíritu, combinado su pasión de comprender con su voluntad de rigor, creado, por la busca obstinada de resultados que se pudieran comparar exactamente y añadir unos a otros —éste

era el punto esencial y la gran innovación— un capital de leyes y procedimientos muy poderosos. Su política, no obstante, permaneció extática, y no utilizó de las riquezas y los recursos singulares de los cuales acabo de hablar, sino lo que convenía para fortalecer esa política primitiva y darle armas más terribles y más bárbaras.

“Apareció, por tanto, un contraste, una diferencia, una discordancia impresionante entre el estado del mismo espíritu según se dedicara a su trabajo desinteresado, a su profundidad sabiamente explorada, y su estado cuando se aplicaba a los intereses políticos. Parecía reservar a estos últimos sus producciones más descuidadas, más despreciables y má viles: instintos, ídolos, recuerdos, lamentaciones, codicias, sonidos desprovistos de significación y significaciones vertiginosas. . . Todo aquello que las ciencias y las artes no querían, y que incluso ya no podían sufrir”. (*Regards sur le Monde actuel*).

Lo que más ha indignado al escritor es la antinomia entre las grandes creaciones del espíritu europeo¹, y la incapacidad de los continentales para organizar su vida colectiva, de acuerdo con las exigencias que fatalmente se derivaban de sus mismas creaciones. La ciencia y la técnica, elaboradas lenta, difícilmente, han sido difundidas a pueblos que disponen de más recursos y mayor superficie geográfica, y que no se encuentran encadenados por la rémora de pasiones hoy día estériles. Naturalmente, la caída europea ha sido inevitable.

“No habrá habido nada más estúpido en toda la Historia que la concurrencia europea en materia política y económica, comparada, combinada y confrontada con la unidad y la alianza europea en materia científica. Mientras los esfuerzos de las mejores cabezas de Europa constituían un capital inmenso de saber utilizable, iba prosiguiendo la tradición pueril de la política histórica de codicia y recelo, y este espíritu de *Petits-européens* entregaba, por una especie de traición, a aquellos mismos a quienes se quería dominar, los métodos y los instrumentos de poder. La lucha para concesiones o empréstitos, para introducir máquinas o expertos, para crear escuelas o arsenales —lucha que no es sino la transferencia a larga distancia de las disensiones occidentales— ocasiona fatalmente el retorno de Europa al rango secundario que le asignan sus dimensiones, y del cual los trabajos y los cambios internos de su espíritu le habían sacado. Europa no habrá tenido la política de su pensamiento”.

El pensamiento. . . El autor de *La Jeune Parque*, cuya poesía ha sido tildada por algunos de excesivamente “cerebral”, hubiera repetido gustosamente la invocación de Juan Ramón Jiménez: “Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas”. “Las cosas del mundo no me interesan

¹ “Cuando hablo de Europa, me refiero más concretamente al Espíritu europeo del cual América es una magnífica creación”. (Paul Valéry).

si no es en relación con el intelecto”, había dicho Valéry más de una vez. Intelecto al que no ofrecía un culto místico, puesto que reconocía las debilidades y limitaciones de nuestra facultad racional. “Bacon diría que ese intelecto es un ídolo. Consiento en ello, pero yo no he encontrado ninguno que fuera mejor.”

Se comprende el entusiasmo, la veneración, casi diríamos, de Paul Valéry por la ciencia europea, y por la patria de esta ciencia, la Grecia clásica. Lo que los europeos deben a Grecia es quizá lo que les ha distinguido del resto de la humanidad. Le deben un método de pensar que tiende a referir todas las cosas al hombre. “El hombre ha de desarrollar su cuerpo y su espíritu. Este espíritu ha de protegerse de sus excesos, de sus alucinaciones, de su producción vaga y puramente imaginaria, por una crítica y un análisis minucioso de sus juicios, por una división racional de sus funciones, por la regulación de sus formas.

“La ciencia debía salir de esta disciplina. Nuestra ciencia, es decir, el producto más característico, la gloria más cierta y más personal de nuestro Espíritu. Europa es ante todo la creadora de la ciencia.”

Y sin embargo... “Europa no habrá tenido la política de su pensamiento”. La política de los pueblos europeos no podía ser la misma en el siglo XX que en el siglo XVI. Era preciso dejar de lado el Estado-Nación, y empezar a organizar el Estado-Continente. A últimos del siglo pasado, dice el escritor, comienza la época del *monde fini*. ¿Qué hay más importante que este inventario, esta distribución y este encadenamiento de todas las partes del globo? “Una nueva solidaridad, excesiva e instantánea, es la consecuencia ya muy sensible de ese hecho. Los hábitos, las ambiciones, los afectos contraídos en el curso de la historia anterior no dejan de existir, pero insensiblemente transportados a un medio de estructura más complicada, pierden en él su sentido y se convierten en causas de esfuerzos infructuosos y de errores.”

Los europeos y sobre todo la “política” europea permanecieron atezados al pretérito, fueron incapaces de enfocar “un presente que no se había presentado nunca”, y del cual ellos mismos eran los promotores. Y ante la interdependencia mundial, surgida como una realidad obligada, “toda la habilidad de los grandes gobiernos del pasado se encuentra extenuada, convertida en impotente e incluso en inutilizable, por el engrandecimiento de conexiones en el campo de los fenómenos políticos.”

En estas circunstancias, entre el dinamismo europeo que transfería a todos los continentes la ciencia y la técnica, y la política europea que continuaba vinculada al pasado, el fracaso era forzoso. “Europa poseía medios invencibles y los hombres que los habían creado. Muy por debajo de éstos se encontraban los que disponían de ella. Se habían

nutrido de pasado: no han sabido hacer nada más que repetir el pasado. La ocasión también ha pasado.”

Así, pues, para Paul Valéry, cuando escribía su libro —en 1931— *la suerte estaba echada*. La Primera Guerra Mundial no hizo más que “acentuar y precipitar el movimiento de decadencia de Europa”. Los acontecimientos posteriores acelerarán el proceso decadente. Una salvedad, a pesar de todo: según el gran poeta las perspectivas sombrías no suprimen las iniciativas. “El juicio más pesimista sobre el hombre, y las cosas, y la vida y su valor, concuerda maravillosamente con la acción y con el optimismo que ésta exige. Esto es europeo.”

*

* *

La Rebelión de las Masas. empezó a publicarse “en un diario madrileño” en 1926. Su autor constaba, por aquel entonces, que “la civilización europea ha producido automáticamente la rebelión de las masas”, fenómeno que entraña “la desmoralización radical de la humanidad”.

Hay quien dice que Europa ya “no manda en el mundo”, entendiendo por mandar “el tranquilo ejercicio de la autoridad”, aceptada e incluso deseada por la opinión pública. Mandar equivale a decir “que en tal fecha predomina en el mundo tal sistema de opiniones —ideas, preferencias, aspiraciones, propósitos.”

El escritor elimina la posibilidad de que naciones como Rusia y Estados Unidos de América puedan “optar al mando”; ni una ni otra han llegado a la plenitud histórica que requiere el dirigir y orientar la opinión pública; en una y otra, por el momento, sólo hay simples reflejos europeos: “el marxismo” y “la técnica”.

Ahora bien, se pregunta el pensador español: “¿Es tan cierto como se dice que Europa está en decadencia y resigne el mando, abdique?” ¿Por qué está en crisis Europa? Simplemente, por el conjunto de dificultades económicas que encuentra cada país. (Es interesante consignar que este juicio es anterior a la gran crisis que empezó en 1929.) No es que los europeos se crean o se sientan poco capaces de seguir creando; “es que tropiezan con ciertas barreras fatales que les impiden realizar lo que muy bien pudieran. Estas barreras de la economía actual... son las fronteras respectivas de los respectivos Estados.” “La sensación de impotencia se nutre... de esa desproporción entre el tamaño de la potencialidad europea actual, y el formato de la organización política en que tiene que actuar.”

Por tanto, el diagnóstico de Ortega es parecido al de Valéry, aunque la gravedad del caso sea más acentuada para el poeta francés.

Según éste, Europa se halla en un callejón sin salida; según Ortega, se encuentra en la encrucijada, por "la desproporción" que existe entre las posibilidades técnicas y económicas de la época actual, y una organización política anticuada, basada en la pluralidad de Estados nacionales. Para Valéry, en 1931, "la ocasión había pasado"; para Ortega y Gasset, en 1926-27, la salvación todavía era posible, a pesar de las dificultades que se avizoraban en el horizonte: "(Europa) ahora se ve obligada a superarse a sí misma. Este es el esquema del drama enorme que va a representarse en los años venideros. ¿Sabrá libertarse de supervivencia, o quedará prisionera para siempre de ellas? Porque ya ha acaecido una vez en la Historia que una gran civilización murió de no poder sustituir su idea tradicional del Estado. . ."

El lector comprenderá que no pretendemos sintetizar en unos párrafos el denso y profundo pensamiento orteguiano. Para demostrar que la reorganización y la viabilidad políticas del viejo continente aún eran factibles cuando escribía su libro, el autor analiza cuáles son los verdaderos componentes del Estado nacional, para llegar a la conclusión que no son éstos la raza, la lengua y las llamadas "fronteras nacionales", sino un proyecto común, una gran empresa histórica, un dinamismo colectivo que reúne en su seno gentes de procedencia y características diversas. "Según esto, forma parte activa del Estado, es sujeto político, todo el que preste adhesión a la empresa —raza, lengua, adscripción geográfica, clase social, quedan en segundo término—. No es la comunidad anterior, pretérita, tradicional o inmemorial —en suma, fatal e irreparable—, la que proporciona título para la convivencia política, sino la comunidad futura en el efectivo hacer. No lo que fuimos ayer, sino lo que vamos a hacer mañana juntos, nos reúne en Estado."

Ahora ha llegado el momento de crear un Estado continental, de "realizar la promesa que desde hace cuatro siglos significa el vocablo Europa". Gracias a una convivencia secular, hay un fondo común europeo que ya representa para los continentales un alto porcentaje de los ingredientes que componen la vida humana. "Si hoy hiciéramos balance de nuestro contenido mental —opiniones, normas, deseos, presunciones—, notaríamos que la mejor parte de todo eso no viene al francés de su Francia, ni al español de su España, sino del fondo común europeo. Hoy, en efecto, pesa mucho más en cada uno de nosotros lo que tiene de europeo que su porción diferencial de francés, español, etc."

En las últimas ediciones de *La Rebelión de las Masas* figura, además del libro propiamente dicho, el "Prólogo para franceses" (mayo de 1937), el "Epílogo para ingleses" (abril de 1938) y "En torno al pacifismo. . ." (diciembre de 1937). Estos breves ensayos fueron escritos en plena guerra civil española —Ortega y Gasset era entonces un

exilado—, y cuando se proyectaba siniestramente en el horizonte el espectro de la Segunda Guerra Mundial. Sólo habían transcurrido diez años desde la primera edición del libro, pero el panorama europeo había cambiado por completo. En 1926 Briand hablaba románticamente de los Estados Unidos de Europa. En 1937 Hitler prometía un Tercer Reich milenarío. A pesar de todo, es justo reconocer que el filósofo español mantenía lo esencial de sus puntos de vista respecto al tema europeo.

“Por esto, recomiendo al lector que ahorre la malignidad de una sonrisa al encontrar que en los últimos capítulos de este volumen se hace con cierto denuedo, frente al cariz opuesto de las apariencias actuales, la afirmación de una posible, de una probable unidad estatal de Europa. No niego que los Estados Unidos de Europa son una de las fantasías más módicás que existen y no me hago solidario de lo que otros han pensado bajo estos signos verbales. Mas por otra parte es sumamente improbable que una sociedad, una colectividad tan madura como la que forman los pueblos europeos, no ande cerca de crearse su artefacto estatal mediante el cual formalice el ejercicio del poder político europeo ya existente.” (“Prólogo para franceses”).²

“El descarrío metódico que representa el internacionalismo, impidió ver que sólo al través de una etapa de nacionalismo exacerbados se puede llegar a la unidad concreta y llena de Europa. (...) Las naciones europeas llegan ahora a sus propios topes, y el topetazo será la nueva integración de Europa.” El escritor, empero, prevé por primera vez una etapa transitoria: “Por lo pronto vendrá una *articulación* de Europa en dos formas distintas de vida pública: la forma de un nuevo liberalismo y la forma que, con un nombre impropio, se suele llamar “totalitaria”. (*cabe preguntarse: ¿se trata del fascismo o del comunismo?*) Esto salvará a Europa. Una vez más resultará patente que toda forma de vida ha menester de su antagonista. El “totalitarismo” salvará al “liberalismo”, destiñendo sobre él, depurándolo, y gracias a ello veremos pronto a un nuevo liberalismo templar los regímenes autoritarios.” (“En torno al pacifismo. . .”)

*

* *

² En este “Prólogo”, al hablar de los peligros que acechan al Occidente, el escritor se refiere a los últimos tiempos de Roma y recuerda que “una vez la historia agonizó bajo el imperio homogéneo de la vulgaridad por haber desaparecido la ‘fértil variedad de situaciones’”. El imperio de la vulgaridad y de la frivolidad homogéneas se ha acrecentado fabulosamente en estos últimos años. Para convencerse de ello, no hay más que hojear las publicaciones ilustradas que *todo el mundo lee*, y que lo mismo podrían publicarse en un país que en otro. “Acaso la estructura de la vida en nuestra época—se preguntaba dramáticamente, Ortega y Gasset—impide superlativamente que el hombre pueda vivir como persona”.

De estos pronósticos ¿cuáles son los que la realidad ha confirmado o viene confirmando? En los días más negros de la ocupación nazi parecían realizarse las predicciones de Valéry; además, es justo reconocer que el escritor francés acertó al vaticinar que Europa ya no ejercería la función directora que había desempeñado en los últimos siglos.

Sin embargo, las "profecías" de Ortega se han cumplido en parte —sólo en parte. Los proyectos para organizar políticamente a Europa como un Estado supranacional cobraron nuevo vigor después de la Segunda Guerra Mundial, y más especialmente después del llamamiento lanzado por el Mariscal Smuts en 1943 desde la radio londinense —a instigación de W. Churchill, según parece. Después de 1945, lo que antes era para muchos un ensueño más o menos romántico se convirtió en una aspiración precisa: arrinconar el lastre de las soberanías nacionales y crear una Federación continental. En 1948 se celebró en La Haya el memorable Congreso del "Movimiento Europeo", con asistencia de delegaciones importantísimas y representativas de todos los países de la Europa Occidental. En este Congreso, pero, ya se puso de manifiesto que uno de los principales obstáculos estribaba en la actitud de Inglaterra, cuyos representantes se negaban a renunciar al más insignificante atributo de la soberanía nacional. (Fruto del Congreso de La Haya fue la creación del "Consejo de Europa", que tiene su sede en Estrasburgo. Dicho Consejo está formado por delegaciones de los parlamentos nacionales que únicamente formulan "recomendaciones" a los respectivos gobiernos. Organismo del todo estéril, como es de suponer. El Congreso de La Haya se pronunció, a última hora, sobre la propuesta de Paul Reynaud, de que los delegados al Consejo se eligieran por votación directa en vez de ser designados por los parlamentos. A ello se opuso enérgicamente la delegación inglesa, amenazando con retirarse en caso de que se adoptase la propuesta.)

No nos incumbe reseñar ahora el proceso de unificación europea. Digamos solamente que, ante el fracaso de La Haya, algunos dirigentes idearon un "federalismo de instituciones" antes de llegar al federalismo propiamente político. Una de las instituciones previstas, la "Comunidad Europea de Defensa", agonizó en el Parlamento francés, pero otras dos han visto la luz: el "Eurátomo" y el "Mercado Común". Por otra parte, la colaboración en el terreno económico ha registrado progresos indiscutibles —aunque sin recurrir a organismos supranacionales— gracias a la U.E.P. ("Unión Europea de Pagos") y a la O.E.C.E. ("Organización Europea de Cooperación Económica").

Las perspectivas actuales son inciertas. Pudiera decirse: ni tanto —como preveía Ortega— ni tan poco —como anunciaba Valéry—. En

todo caso, el superar los prejuicios nacionales no será tarea fácil, y a pesar de la prosperidad aparente de nuestros días, subsiste el peligro, señalado por el poeta francés, de que Europa se convierta en lo que "es geográficamente: un cabo del continente asiático".